

Con los placeres del mundano suélo,
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila,
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo a besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedíla
Su amor cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal, perfume!

Diles cómo en su frente se veía
Retratada la noble inteligencia,
Mientras el tierno corazón dormía
Al amparo feliz de la inocencia:
Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura!

Sí: bajo el pabellón del patrio cielo,
En su tumba, de flores rodeada,
Duerme en silencio eterno, en blanco velo
Su deleznable forma envuelta, helada.
Los días pasan: con piadoso anhelo
Nadie visita su postrer morada:
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado
Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reir no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca,
No logrará desvanecer?—¡Ay! Nunca!!

Ya tú lo vez, Diana: acá en la tierra
La flor de nuestra dicha se marchita.
También tu alma, a que el dolor se aferra,
Contra su suerte mísera se irrita:
También tu pobre corazón encierra
Amarga historia que del hombre excita
La compasión: el fruto recogido
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¿Por qué tendiste el vuelo, ave altanera,
Por el espacio y al zenit trepaste,
Desdeñando al hallarte en otra esfera
Del bajo mundo el miserable engaste?
¿Seguir viviendo en paz planta rastrera
En lo interior del bosque no miraste,
Mientras el desprendido rayo ardiente
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,
Y al mundo que á sus héroes sólo admira
Tengo de referir tu desventura

Con el auxilio de mi pobre lira!
 Mas destempló sus cuerdas la amargura;
 Entusiasmo su voz ya no respira;
 Ya no producen armoniosa nota;
 Finalizó el festín y el arpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano
 Y mis osados pensamientos hiela,
 Y va perdida en su bullicio vano
 El alma sin lograr el bien que anhela;
 Y todavía en mi dolor tirano
 Cruza mi mente, cual la blanca estela
 Que en el mar deja nave transitoria,
 Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa
 Que los secretos de tu vida tiene,
 Temo que no mi voz, doncella hermosa,
 Lo necesario en tu alabanza suene:
 Temo que, entre la turba bulliciosa
 Que á despreciarle acaso se previene,
 El libro en que apareces, confundido,
 No consiga librarse del olvido.

II.

El hurón sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.—El baile.—Carlos entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto
 Encendiendo en el éter las estrellas,
 Cuyo fulgor escasamente alumbra
 Los edificios de la hermosa Puebla,
 Que al pie de sus magníficas montañas
 Tendida está sobre sabana inmensa.
 En las concavidades de las torres
 Imita el aire misteriosas quejas,
 Y agitar suele la bendita palma
 Que en las ventanas la piedad conserva.
 Todo en silencio yace: los mortales,
 Desde el mendigo al prócer, ya se entregan
 Al sueño bienhechor: en la campana
 Del vecino reloj las doce suenan;
 Y á la sazón por anchurosa calle,
 Hacia el extremo de la cual se eleva
 Un convento de monjas, varios jóvenes
 Formando grupo silenciosos llegan.
 Detiéndose, dirigen sus miradas
 Hacia el alto balcón de una modesta
 Casa; al oído se hablan todos ellos,
 Sus instrumentos musicales templan.

Y luego, la quietud de la alta noche
 Interrumpiendo, de armonía llenas,
 Diferentes cantigas entonaron
 Que hacia oculta beldad amor revelan.
 Y apenas, la primera terminada,
 Nueva sonata á preludiar comienzan,
 Cuando de aquel balcón á do su vista
 Se dirige —no bien el rumor cesa
 Que al descorsese las fallebas causan—
 Súbito iluminóse la vidriera:
 Plegaron las cortinas transparentes,
 Femenil forma dibujóse esbelta,
 Y por los movimientos que ejecuta
 Y la atención que presta en apariencia
 A los músicos, luego se conoce
 Que amigos predilectos son de ella.
 A proseguir la serenata iban
 Aquellos hombres que entre sí conversan,
 Y a seguirla escuchando preparábase
 Desde su alcoba la mujer esbelta,
 Cuando rumor de pasos de caballo
 De la nocturna brisa en alas llega,
 Y la curiosidad mantuvo entonces
 La comenzada música suspensa.
 Cuando pasan caballo y caballero,
 Que ver no les permiten las tinieblas,
 El más osado á ellos se aproxima;
 La tapa descorrió de su linterna:
 Inesperada luz alumbra el rostro
 Del caminante, que frunció las cejas,

Y de acción tan extraña iba sin duda
 En el instante á demandarle cuenta,
 Cuando al cuerpo los brazos le echa el otro
 Diciendo: «Carlos! ¿qué sorpresa es esta
 Que nos vienes á dar? . . . ¿Cómo á deshora
 Y sin criado ni equipaje llegas?
 ¿Y desde dónde vienes?»

—Hola, amigo!

Pláceme en sumo grado la sorpresa,
 Y no extrañes que llegue sin criado
 Quien salva una distancia de dos leguas.
 ¡Buenas noches, señores! Mas ¿qué veo?
 Alvaro, Enrique, Eduardo! . . . ¡Calaveras!
 ¿Qué demonios al pie de una ventana
 Venís a hacer con músicas y señas?

Jov. 1.º—Refiérenos, ¿qué hacías tú en el campo?

¿Te habías ya metido a anacoreta
 De los que sólo rezan si en el rezo
 Les hace coro una muchacha bella?
 No hay que turbarse, no. . . .

Jov. 2.º— Llégame el turno:

¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
 Sabemos que después enamoraste
 A nueva joven con dinero y fresca,
 Que te ha dejado fresco, según dicen,
 Sin dinero ni amor. . . .

Carlos.— ¡Malditas lenguas!
 Por favor, no me habléis de lo pasado,
 Amigos.

Jov. 3.º— Pero todo se compensa

En el pícaro mundo: ahí encerrada
Está una monja, y es paisana vuestra.

Carlos.—¿Su nombre?

Jov. 3.º— No lo sé; pero aseguran
Que por cosas de amor metióse a buena:
Que amaba a un joven que iba a ser su esposo,
Y que el asunto no quedó por ella:
Es todo cuanto sé.

Jov. 1.º— Carlos, amigo,
Si no te ofenden las preguntas necias,
Cuéntanos qué motivo poderoso
Te hace venir á la bendita Puebla.

Carlos.—Ansia de distracciones solamente.

Jov. 1.º—Extraño oírte hablar de esa manera,
Que siempre por demás pacato fuiste.

Carlos.—Los años, gustos y costumbres truecan!
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta
Que dejaron ustedes sin respuesta:
¿Qué hacen al pie de esa ventana ahora
Enfrascados en músicas y señas?

Jov. 2.º—Venimos a dar música a una joven
Como los sueños juveniles bella. . . .

Carlos.—¡Comparación poética! ¿Y se llama?

Jov. 2.º—Rosa D.***, la beldad guanajuatense.
Hace muy pocos días que ha llegado:
Hay en su casa una continua fiesta.
(Y aquí arrimóse a Carlos aquel joven
Para hablarle más próximo a la oreja).
Por la mañana, en el balcón la vemos;
Por la tarde, sin falta, en la alameda;

Por la noche, en saraos y tertulias;
Y a su casa, y al campo y a la iglesia
Nube de enamorados espesísima
Como plaga de Egipto va tras ella.
Parte integrante somos de esa nube:
Si tú quieres entrar en competencia,
Ven mañana a su casa con nosotros,
Que acaba de avisarnos la doncella
Que, si Mamá y el tiempo lo permiten,
Habrá en la noche diversión casera.
Dí ¿contamos contigo?

Carlos.— A no dudarlo:
Si Mi Excelencia nada más desea
Que divertirse; mas, decid, ¿la joven
A quién de ustedes da la preferencia
Hasta ahora?

Jov. 1.º— A ninguno, y es lo cierto
Que el giro del asunto no me pesa,
Porque, lo que es amor. . . . hay cierta dosis;
Pero los compromisos nos arredran;
Y en esto de tender el lazo, dicen
Que su señora madre es gran maestra:
Conque si entras en liza, ten cuidado,
Que es resbalosa la maldita arena.

Carlos.—Y la joven ¿qué tal? . . .

Jov. 2.º— Estoy seguro
De que viéndola pierden la cabeza
Aun los más circunspectos: una tacha
Póngole a su carácter; es coqueta!

Carlos.—Pues hállote atrasado de noticias.
Dime si habrá mujer que no lo sea.

Jov. 3.º—Él se resiente aún del desengaño.
Vamos, señores míos, otra pieza,
Que la noche se acaba, y esa joven,
Firme como prusiana centinela,
Está en su puesto música esperando
En tanto que los músicos conversan.

A interrumpir la silenciosa calma
Torna la serenata: al cabo cesa:
Despídese la joven: las cortinas
De su vidriera a poco se despliegan;
Muere la luz, resuenan los cerrojos,
Y Carlos y los músicos se alejan.
Cuando el rumor de sus pisadas muere,
La esquila del convento más pequeña
Llama a las religiosas a maitines:
Las ventanas del coro con presteza
Se iluminaron, y piadoso canto
De aquellos sitios el silencio altera.
A veces más cercano resonaba,
Distinguiéndose en él voces diversas,
Y después alejábese y volvía,
Como si le llevase y le trajera
El viento de la noche que en las torres
Imitar suele misteriosa queja.—
Así, mientras los unos se divierten
Y a la corriente mundanal se entregan,

Lejos del mundo, en claustro solitario,
Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de julio una apacible noche,
Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,
Ascendiendo la luna por el cielo,
Nubes teñidas de ópalo deshace;
Y, bien cual suele una odalisca hermosa
Sobre mullido lecho reclinarse,
De amplia sala en la alfombra se dibuja,
Trasapando cortinas y cristales;
Lucha con el fulgor de las bujías
Que entre flores y espejos puestas arden,
Y da por resultado luz serena,
Artificial y natural en parte.—
Al compás de la orquesta melodiosa,
Cual ninguna otra joven, elegante,
Imán de varoniles corazones,
Rosa la bella da principio al baile.
Al recio impulso de la danza ondea
Esparciendo perfumes su albo traje,
Y su mejilla sonrosada azota
Suelto el cabello negro en espirales.
Ella de buen humor está sin duda;
Tal vez su compañero es muy amable,
Porque en sus brazos más de lo preciso
Deja que el cuerpo trémulo descansa.
De estatura mediana siendo ella,
Nada hay de extraño en que los ojos alce

Para ver al mancebo, cuyas dotes
 Son una alma ruin y un cuerpo grande.
 La música cesó, y hacia el estrado
 El mancebo condújola galante,
 Y agrúpanse mil jóvenes a un tiempo
 A suplicarle que con ellos baile.
 Compañero entre todos Rosa elige,
 Y apenas comenzó la orquesta un valse,
 Cuando ya la pareja recorría
 La sala extensa, más veloz que el aire.
 Sigue al impulso de las vueltas rápidas
 Ondeando la falda de su traje,
 Y sigue acariciando sus mejillas
 El sedoso cabello suelto en parte;
 Y al agitar su pie, que del calzado
 Cándido oprime el primoroso engaste,
 Y al combarse flexible su cintura
 Por si en belleza el cuerpo así ganare,
 A la verdad, los que la están mirando
 No saben si mujer es ella o ángel.
 Y sin duda es amable el compañero
 O Rosa está de vena, pues departe
 En plática con él tan misteriosa,
 Que lo que ambos se dicen nadie sabe.
 Como de pudorosa ella se precia,
 Y además, el mancebo que la trae
 Es, por lo que miramos y sabemos,
 De estatura pequeña y alma grande,
 ¿Qué extraño que, turbada y temblorosa,
 Ella los ojos con empeño baje,

Y entre desmayos y suspiros tiernos
 En el Adonis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver a Carlos
 Sumido hasta la barba en un butaque
 Cedido a su cansancio por la vieja,
 De su amistad en prenda inapreciable.
 Desde allí sigue a Rosa con la vista
 Sin que a su observación nada se escape
 De miradas, suspiros y presiones,
 Dulces desmayos o amorosas frases.
 Aunque no la ama él, siente de celos
 Ardiente llama en su interior alzarse;
 Y esto, por más que raro le parezca,
 Al lector entendido nunca espante,
 Que a todos una vez nos acontece
 Viendo en ajeno brazo breve talle,
 Sentir disgusto raro, indefinible,
 Y que se agolpa al corazón la sangre;
 Efectos de la envidia venenosa
 Que al nacer cupo en suerte a los mortales.—
 Y no bien Rosa advierte que la sigue
 La mirada de Carlos, ya tenaces
 En él clava sus ojos cuando pasa
 Por do sentado está, con él rozándose;
 Y pretestando enfermedad ligera,
 Para restablecerse della en parte,
 Ordena al compañero que la lleve
 A la silla que está.... junto al butaque!
 Aquél, obedeciendo, la conduce;